

nunca visto, ni oído, sino de algo de lo que ni siquiera se tenía la más remota noticia de su existencia. De las lejanas tierras de Oriente no se tuvo durante mucho tiempo más conocimiento que el que proporcionaron los relatos de Marco Polo, tenidos por tan fantásticos y exagerados, que sus compatriotas le apodaron Messer Milioni, nombre que pasó del autor a su célebre obra conocida por Milioni. Pero si la gente dudaba de la veracidad del relato de Marco Polo, de lo que no se dudaba en absoluto era de la existencia de Catay. En cambio, lo que nadie sospechaba en el Viejo Mundo, era que existiese un cuarto continente. Era un continente bien poblado y, por consiguiente, sólo ignoto para las miradas atónitas de los europeos, ante las que todo —tierras y hombres— aparecía como algo absolutamente inesperado, como un caudal inagotable de novedades. Por eso le cuadraba perfectamente el apelativo de Nuevo Mundo.

El padrino en este caso va a ser otro italiano, suponiendo que Colón lo hubiese sido: Pedro Mártir de Anglería, quien viene a España en 1487 con el conde de Tendilla, y desde entonces permanece en nuestro país hasta su fallecimiento en Granada en 1526. Ocupó cargos de confianza en la Corte española, primero con los Reyes Católicos y después con el nieto de éstos, Carlos V. Fue un humanista refinado, con el interés por el saber, propio de los hombres del Renacimiento. Recogió con avidez y de primera mano las noticias que iban llegando a la Corte sobre las nuevas tierras descubiertas. Como buen humanista, escribió en latín. Por primera vez utilizó la expresión Nuevo Mundo en la carta que dirigió a Ascanio Sforza el 1.º de noviembre de 1493, es decir, en el mismo año en que Colón regresó de su primer viaje. Pero el acta pública de bautismo de la nueva denominación fue su obra: *Las Décadas del Nuevo Mundo*. Título tomado de Tito Livio. En 1511 se publican en Sevilla los diez primeros libros de la «Primera Década» de las ocho que integran la obra. En 1530 se publicaría la obra completa en Alcalá de Henares. También en este mismo año se editaría en Alcalá una colección de 812 cartas, que había dirigido a diversos correspondientes, en muchas de las cuales se refirió, como no podía ser menos, a la gran novedad de esos años: las tierras descubiertas por Colón. Pedro Mártir sólo conoce el mundo que describe, a través de las narraciones de muchos descubridores y conquistadores, con quienes, según ya antes apuntamos, se entrevista cuando regresan a España, con el ansia propia de todo humanista por conocer y propagar las maravillosas nuevas de su tiempo. Por eso su obra contiene, a veces, imprecisiones propias de quien escribe «de oídas». En todo caso constituye, en expresión de Uslar Pietri, la primera interpretación europea de la realidad americana, de ese «hasta ahora —según palabras del propio Mártir de Anglería— oculto mundo de las antípodas».

Puede considerarse también como copatrocinador y gran divulgador de este apelativo al propio Américo Vespucio ya que la versión latina de su famosa carta a Soderini fue impresa bajo el título de *Mundus Novus*. Más adelante nos referiremos a esta carta.

La denominación Nuevo Mundo sigue aún utilizándose hoy, como figura retórica para referirse al continente americano. Recuérdese, por citar un ejemplo artístico, la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Dvorak.

## América

Cuando Vasco Núñez de Balboa llega al Pacífico, en septiembre de 1513, no caben más dudas sobre el error colombino. Pero ya con anterioridad se había empezado a sospechar de la existencia de un mar al oeste de lo descubierto por Colón y a dejar de creer que las tierras a que había llegado fuesen Asia. Quien primero tomó conciencia o, al menos, dejó constancia escrita para la posteridad de la existencia de un nuevo continente fue otro italiano: Américo Vespucio. Este mercader florentino, culto y con conocimientos de astronáutica, estuvo algún tiempo al servicio de los Medicis, quienes le enviaron a Sevilla. Entre 1497 y 1504, unas veces patrocinados por España y otras por Portugal, realizó varios viajes a las tierras recién descubiertas. Se habla de cuatro; aunque los estudiosos dudan de la autenticidad de alguno de los que se le atribuyen o que él mismo se atribuyó. Pero lo importante a nuestro propósito es que en el que realizó bajo los auspicios de Portugal entre 1501 y 1502, alcanzó las costas del Brasil y descendió hacia el sur hasta el río de la Plata y probablemente aún más lejos hasta el golfo de San Julián en la Patagonia. Este viaje fue de capital importancia en la historia de los descubrimientos, pues fue el que lo llevó al convencimiento de que aquellas tierras no eran Asia. Américo Vespucio dio cuenta de sus viajes y de los mapas que durante ellos había levantado a Lorenzo de Pier Francesco de Medici y al gonfaloniero Soderini en sendas cartas. La dirigida a Soderini, fechada en Lisboa el 4 de septiembre de 1504, fue publicada en Florencia en 1505. Un año después se publicaba la dirigida a Lorenzo de Pier de Medici. En sus mapas aparece ya perfilada con relativa precisión la forma triangular del continente. En la dirigida a Medici decía, entre otras cosas: «Llegamos a una tierra nueva que encontramos ser tierra firme... Llegué a la parte de las antípodas, que por mi navegación es la cuarta parte del mundo». Posteriormente en la carta llamada «Mundus Novus» insiste de manera más clara en la importancia de su hallazgo: «Conocimos que aquella no era isla, sino continente, porque se extiende en larguísimas playas que no la

circundan y está llena de innumerables habitantes». Y más adelante da detalles sobre los habitantes de este continente, su clima y su extensión. Estas cartas circularon profusamente por Europa y fueron leídas, con el interés fácil de suponer, por lo estudiosos de una época como la renacentista, caracterizada por la avidez de saber y por la exaltación de la individualidad humana, desde el creador artístico, al inventor científico o descubridor de nuevos mundos; desde el creyente protestante de fe independiente, al católico devoto y militante, como Ignacio de Loyola.

Por esas fechas se preparaba en una pequeña localidad de Lorena, Saint Dié, una nueva edición de la cosmografía de Ptolomeo (la última publicada antes del Descubrimiento había aparecido en Roma en 1490). Esta obra enriquecería la ciencia ptolomeica con los conocimientos geográficos aportados por los recientes descubrimientos. El libro se publicó en Saint Dié el 25 de abril de 1507, bajo el título de *Introducción a la Cosmografía*, y, aunque con toda seguridad es fruto de un trabajo en equipo, viene atribuyéndose normalmente a Martín Waldseemüller. En él se comete el error de adjudicar el descubrimiento de las nuevas tierras a Américo y se propone denominarlas con el patronímico del supuesto descubridor.

En el capítulo séptimo de esta obra se dice: «... la cuarta parte del mundo que porque la descubrió Américo sería lícito llamar Amerigen, Tierra de Américo o América».

Y en el capítulo noveno se remacha la proposición cuando, tras referirse a las tres partes del mundo conocidas hasta entonces (Europa, África y Asia) se señala; «Mas ahora que esas partes del mundo han sido verdaderamente examinadas y otra cuarta parte ha sido descubierta por Americu Vesputiu (como se verá por lo que sigue), no veo razón para que no la llamemos América, es decir, Tierra de Americus, por Americus su descubridor, hombre de ingenio sagaz, puesto que también Europa y Asia tomaron sus nombres de mujeres».

Esta denominación se consagrará en un mapamundi, también atribuido a Waldseemüller, publicado en mismo año 1507, en el que el nombre de América aparece aplicado a la orilla del continente que comprende lo que hoy es Venezuela, las Guayanas y Brasil. Después el nombre se extendería a Sudamérica y, a partir de 1538, con el mapamundi de Gerhard Mercator, a todo el continente.

¿Se trata de una gran usurpación histórica? La respuesta a este interrogante sigue aún hoy siendo objeto de apasionadas polémicas. El Padre Las Casas, quien murió sin saber cómo se había efectuado el bautizo de América en Saint Dié, fue quien tiró la primera piedra contra Américo. Como es bien sabido, el Padre Las Casas era un hombre muy temperamental, que no se paraba en barras cuando se trataba de defender las causas que

él consideraba justas. No tardó, pues, en esgrimir su pluma para tronar contra la injusticia y agravio que «aquél Américo Vespucio parece haber hecho al Almirante, o los primeros que imprimieron sus cuatro navegaciones, atribuyendo a sí, o no nombrando sino a sí solo, el descubrimiento de esta tierra firme». Maravillose —después— de que «don Hernando Colón, hijo del mismo Almirante, siendo persona de muy buen ingenio y prudencia y teniendo en su poder las mismas navegaciones de Américo, como lo sé yo, no advirtió en este hurto y usurpación que Américo hizo a su padre». Tras las huellas del padre Las Casas, los historiadores españoles en su casi totalidad, y más tarde los de lengua portuguesa e inglesa siguieron lanzando contra Américo la acusación, cuando menos, de impostor y de usurpador. Antonio de Herrera (1559-1625) en sus *Décadas* dice: «Con la omisión de su nombre (el de Colón) quedó más declarada la cautela de Américo Vespucio de atribuirse gloria ajena». Y en otra parte de su obra escribe: «Con mucha cautela va Américo Vespucio trastocando las cosas que acontecieron en un viaje en el otro, por oscurecer que el almirante D. Cristóbal Colón descubrió la tierra firme... Queda probada la ficción de Américo Vespucio en atribuirse gloria ajena». Martín Navarrete —recopilador de una de las más famosas colecciones de documentos relativos al descubrimiento de América— insiste en la tesis de que Américo Vespucio divulgó por todas partes sus relaciones para usurpar a Colón la gloria del descubrimiento del continente que, «por astucia, logró —afirma— darle del suyo, el nombre de América». Ayres de Casal en su *Corografía Brazilica* califica a las relaciones de Américo, de meras invenciones encaminadas a exaltar su propio nombre y a ser reconocido por sus compatriotas por descubridor del hemisferio occidental. Y Duarte de Leite en *Descobridores do Brasil* escribe, refiriéndose a Américo: «Este personaje fatuo no pasa de ser un novelista mentiroso, navegante como los había a montones, cosmógrafo que repetía ideas de otros, falso descubridor que se apropió de glorias ajenas». William Robertson, en su *Historia de América*, califica a Américo de «feliz impostor»; y Ralph Waldo Emerson se sorprende en 1856 de que toda América «deba llevar el nombre de un ladrón, Américo Vespucci, negociante de conservas en Sevilla... quien se dio trazas para suplantar en este mundo mentiroso a Colón y bautizar la mitad del globo con su propio nombre de embaucador».

A partir de fines del siglo XVIII no le faltaron a Américo ilustres defensores. Quien abrió brecha fue el abate florentino Angelo Maria Bandini, que en 1745 publicó una *Vita e lettere di Amerigo Vespucci gentiluomo fiorentino*. En este mismo siglo seguirían sus pasos Francesco Bartolozzi y Alexander von Humboldt. Y tras ellos aparecerían en el XIX una serie innumerable de estudios consagrados a Américo. Uzielli llegó a reunir en